

## Jeremías: Acepta Tu Castigo

*“¿Por qué gritas a causa de tu quebranto? Tu dolor es incurable.  
Por lo grande de tu iniquidad y lo numeroso de tus pecados, te he hecho esto.”*

(Jeremías 30:15)

Rodolfo Peña

sábado, 01 de junio de 2013

Jeremías sufrió mucho odio y persecución en su vida, pero se mantuvo obediente. Jeremías es de gran inspiración para nosotros hoy. A pesar de todo el odio y las experiencias difíciles que tuvo, a pesar que Jeremías, por naturaleza, era manso, sensitivo y reservado, se mantuvo fiel a su tarea desagradable y es un ejemplo de un profeta obediente.

Él encontró su consuelo y fortaleza en la promesa que el Señor le dio en su llamada ***“No tengas temor ante ellos, porque contigo estoy para librarte.”*** (Jeremías 1:8); y más adelante, ***“Pelearán contra tí, pero no te vencerán, porque Yo estoy contigo--declara el SEÑOR--para librarte.”*** (1:19)

El llamamiento de Jeremías fue el esfuerzo final de Dios para salvar a Jerusalén. Jeremías vivió unos cien años después de Isaías. Isaías había salvado a Jerusalén de Asiria. Jeremías trató de salvarla de Babilonia, pero trágicamente no pudo. Jeremías fue llamado al oficio profético en el año 626 aC. Y profetizó durante los gobiernos de cinco de los reyes de Judá: Josías (639-608 aC) – 31 años; Joacaz (608 aC) – 3 meses; Joacim (608-597 aC) – 11 años; Joaquín (597 aC) – 3 meses; Sedequías (597-586 aC) – 11 años.

Jerusalén fue destruida en parte en 606 aC y devastada más 597 años antes de Cristo y finalmente quemada y desolada en el año 586 antes de Cristo. Jeremías vivió durante esos terribles cuarenta años. “El final de la monarquía” o “La agonía de muerte de la nación” podrían ser títulos de su libro profético.

Cuando el buen rey Ezequías murió, fue sucedido por su hijo, Manasés. Bajo Manasés, el país se sumergió en la idolatría. Baal era adorado, se construyeron altares paganos, los niños eran sacrificados a Moloch, el culto a las estrellas fue instituido, etc. Hombres y mujeres prostitutas, magos y brujas controlaban el Monte del Templo en Jerusalén. Además de todo eso, los profetas fueron perseguidos. La tradición dice que Isaías fue aserrado en esta época. Fue un tiempo muy malo.

Estos fueron cincuenta y cinco años de oscuridad espiritual y moral en Judá. 2 Reyes 21:9,16 resume la situación en Judá, por el liderazgo horrible de Manasés, de la siguiente manera, ***“Manasés los hizo extraviar para que hicieran lo malo más que las naciones que el SEÑOR había destruido delante de los hijos de Israel...Además, Manasés derramó muchísima sangre inocente hasta llenar a Jerusalén de un extremo a otro, aparte de su pecado con el que hizo pecar a Judá para que hiciera lo malo ante los ojos del SEÑOR.”***

Por causa de Manasés, Dios advirtió que traería calamidad sobre Jerusalén, ***“Por cuanto Manasés, rey de Judá, ha hecho estas abominaciones, habiendo hecho lo malo más que todo lo que hicieron los amorreos antes de él, haciendo pecar también a Judá con sus ídolos; por tanto, así dice el SEÑOR, Dios de Israel: ‘He aquí, voy a traer tal calamidad sobre Jerusalén y Judá, que a todo el que oiga de ello le retñirán ambos oídos. Extenderé sobre Jerusalén el cordel de Samaria y la plomada de la casa de Acab, y limpiaré a Jerusalén como se limpia un plato, limpiándolo y volviéndolo boca abajo. Abandonaré al remanente de Mi heredad y los entregaré en mano de sus enemigos, y serán para presa y despojo para todos sus enemigos.”*** (2 R. 21:11-14).

Manasés al fin fue llevado prisionero a Asiria, unos 24 años antes de Jeremías. Allí volvió en sí y se arrepintió del mal que hizo. Cuando regresó a Palestina, trató de deshacer el daño espiritual que había hecho, pero no pudo detener la marea de la idolatría. Cuando Manasés murió, fue sucedido por su hijo Amón, que rápidamente re-instituyó las prácticas inicuas de los primeros días de su padre.

Amón fue seguido por su hijo Josías, el último rey bueno de Judá. Josías comenzó a buscar a Jehová cuando él no era más que un muchacho de dieciséis años (2 Crón. 34:3). Cuando tenía veinte años, trató de purgar la tierra de la idolatría. Él inició una gran reforma, que, por más noble que fue, no era más que superficial y temporal. La nación estaba en un curso precipitado a la destrucción, sólo era una cuestión de tiempo. Fue durante esta época que Jeremías fue llamado a su ministerio profético – en el decimotercero año del rey Josias.

Jeremías era una figura solitaria y patética, el último intermedio de Dios para la Ciudad Santa, que se había hecho irremediamente y fanáticamente unida a los ídolos. El tema principal de Jeremías era un llanto abierto que si se arrepentían Dios los salvaría de Babilonia. A fin de cuentas sus súplicas cayeron en oídos sordos, sólo para ser recordadas por otra generación.

El fondo de los tiempos en que Jeremías sirvió era este: Judá y Jerusalén habían perdido su día de gracia por el pecado vergonzoso y el desprecio de la Palabra de Dios y se apresuraban a su perdición. De los cinco reyes bajo quien profetizó Jeremías sólo Josías fue un gobernante piadoso. Después de su muerte, sus sucesores fueron muy malos. Bajo el reinado de Sedequías el pueblo se fue de nuevo en grueso al paganismo y las prácticas inmorales. La codicia, el asesinato, el adulterio, el robo y el perjurio estaban desenfrenados. La corrupción moral contaminó aun a profeta y sacerdote (6:13; 8:10; 23:11-15).

Año tras año Jeremías llegó al pueblo con mensajes del Señor, pero ellos no quisieron escuchar y obedecer. Jeremías fue maltratado por casi todos. Sus hermanos lo traicionaron (12:6). Fue confrontado por falsos profetas (14:13). Era maldecido por todos (15:10). El jefe del templo ordenó que lo azotaran y lo pusieran en un cepo (20:1-2). Sus compatriotas trataron de matarlo (26:8-11). El rey Joacim quemó el rollo que Jeremías le envió de parte de Dios (36:20-23). Fue encarcelado (32:2,3). Fue perseguido (36:26). Fue azotado y aprisionado (37:15). Fue arrojado a un pozo y dejado por muerto (38:5-6). Fue atado en cadenas (40:1). Fue acusado de mentir a los que le consultaban (43:2). La gente prefería escuchar a los falsos profetas que estaban prediciendo la paz y la prosperidad (23:25-27).

Los Judíos se habían hecho necios, sin conocimiento de Dios; astutos para hacer el mal, pero incompetentes en hacer el bien, ***“Porque Mi pueblo es necio, no Me conoce; hijos torpes son, no son inteligentes. Astutos son para hacer el mal, pero hacer el bien no saben.”***(4:22). Se habían hecho irreverentes, egoístas y ensimismados. Literalmente se hicieron moralmente incompetentes. Creían que ellos no podían caer. Se les olvidó que su misma existencia era por el favor que Dios tuvo por Abraham siglos atrás. Ahora se miraban a sí fundamentalmente superior a todos – especial, elegidos, indestructibles.

Por el pecado de Judá, Dios había retenido las lluvias y la cosecha del pueblo. Y como animales sin algún sentido mental, ellos continuaron en rebelión. Los ricos se compensaban por lo que Dios había retenido con robar a los pobres de lo poco que tenían.

El pueblo de Dios no recibió la instrucción ni la obedecieron. Hicieron la decisión de caminar en sus propias ideas humanas y demostraron su terquedad. Un estado de delirio regía en sus mentes, ***“aún dices: ‘Soy inocente, ciertamente Su ira se ha apartado de mí.’***(2:35). Creían que Dios no los iba a llamar a cuentas.

Se engañaban a sí mismos con la creencia que la ira de Dios se había apartado de ellos, porque habían disfrutado la paz por mucho tiempo, y porque la devastación de la tierra por sus enemigos, advertido por los profetas anteriores, no se había cumplido inmediatamente. Por esta confianza arrogante, Dios decidió contender con Su pueblo.

Ellos continuaron ofreciendo sacrificios a Dios, sin embargo, el Señor no los aceptaba. Dios determinó que Judá tendría que ser castigado. Serían desolados, y nada podría detener el ejército destructivo. Tendrían que pagar las consecuencias de su infidelidad hacia Dios. No tenían un deseo verdadero por la verdad, y Dios le ordena a Jeremías que no ore por esta gente.

*“En cuanto a tí, no ruegues por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración, ni intercedas ante Mí, porque no te oiré.”* (7:16). Y lo repite, *“Pero tú no ruegues por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración; porque no escucharé cuando clamen a Mí a causa de su aflicción.”* (11:14). Otra vez, *“Y el SEÑOR me dijo: No ruegues por el bienestar de este pueblo. Cuando ayunen, no escucharé su clamor; cuando ofrezcan holocausto y ofrenda de cereal, no los aceptaré; sino que con espada, con hambre y con pestilencia los destruiré.”* (14:11-12). Y todavía más, *“Entonces el SEÑOR me dijo: Aunque Moisés y Samuel se presentaran ante Mí, Mi corazón no estaría con este pueblo; échalos de Mi presencia, y que se vayan.”* (15:1).

La razón era que no tenían temor de Dios, no tenían vergüenza por sus pecados, eran rebeldes, siguieron su propio camino en lugar de los caminos de Dios, no tenían conocimiento de las leyes de Dios, se fueron a la avaricia y la falsa enseñanza, eran mentirosos, eran engañosos y fueron engañados por su propia razón, fuerza y riquezas. En resumen, un corazón endurecido por el orgullo eliminó toda esperanza de su arrepentimiento.

El pueblo de Dios había llegado al punto donde ya no podían arrepentirse – el punto de no volver. Ya no tenían esperanza más que rendirse e irse cautivos a Babilonia (21:4-7). Aunque ellos todavía esperaban que Dios vendría a su rescate como había hecho en tiempos pasados, la verdad era que serían derrotados, *“Así dice el SEÑOR: He aquí, pongo delante de vosotros el camino de la vida y el camino de la muerte. El que se quede en esta ciudad morirá a espada, de hambre y de pestilencia; pero el que salga y se entregue a los caldeos que os sitian, vivirá, y tendrá su propia vida como botín.”* (21:5-10; 27:12). Jeremías tuvo la tarea impopular de decirles al rey y al pueblo que debían rendirse a los caldeos.

Para los judíos, Jeremías se veía como un traidor y cobarde porque les decía que se rindieran a Babilonia. No creían que era un profeta de Dios. Dios era un Dios de poder, y esperaban oír palabras poderosas, de valor y coraje, no palabras débiles y cobardes de derroto. Las palabras de Jeremías eran negativas y negras. Ellos querían luchar por la ciudad, y temían que algunos que lo oyeran no estarían dispuestos a luchar. Ellos querían oír palabras luchistas, triunfadoras.

Los falsos profetas consentían esos deseos y hacían a la gente olvidarse de Dios (23:27). Peor que esto, les ofrecían esperanzas vanas de sus propias fantasías, y les daban seguridad falsa, *“Y curan a la ligera el quebranto de mi pueblo, diciendo: ‘Paz, paz’, pero no hay paz.”* (6:14; 8:11). Todos estaban impenitentes y en negación de la realidad y creían en promesas vacías.

Jeremías era el único que les decía que un perdón barato y un escape fácil del ejército de Nabucodonosor no era palabra de Dios. La única manera de salvarse era con aceptar la cautividad por los babilonios. De esta manera les estaba diciendo, “Acepten que han pecado, y acepten su castigo.” Entonces, Dios no destruiría totalmente este lugar.

El punto era que tenían que pagar las consecuencias de su infidelidad. Tenían que aceptar el castigo por sus violaciones contra pacto de Dios. No iban a escaparse sin consecuencias; no podían ser restaurados sin aceptar su castigo. Habían llegado al punto que ya no podía Dios aceptarlos sin que fueran responsables por sus hechos, por sus acciones. La justicia de Dios estaba en la balanza.

Como hijos desobedientes, tendrían que ser escarmentados para que nunca se olvidaran que Dios no puede ser burlado. *“No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará.”* (Gálatas 6:7). Ellos habían sembrado la codicia, homicidio, adulterio, robo, mentira, engaño y el libertinaje, ahora tenían que segar las consecuencias.

Y de nada les servía llorar y rogar, gemir y gritar, o aun arrepentirse, *“Porque así dice el SEÑOR: Incurable es tu quebranto, y grave tu herida. No hay quien defienda tu causa para sanarte; no hay para ti medicina eficaz. Todos tus enamorados te olvidaron; no te buscan, porque te herí como hiera un enemigo, con azote de adversario cruel, a causa de la magnitud de tu maldad y de tus muchos pecados. ¿Por qué gritas a causa de tu quebranto? Incurable es tu dolor, porque por la grandeza de tu iniquidad y por tus muchos pecados te he hecho esto.”* (Jeremías 30:12-15).

Esta lección es dura. Esta es una medicina amarga para tragar, pero está bien establecida en las Escrituras. Las acciones tienen consecuencias. Esaú vendió su herencia por un plato de comida, y aunque se arrepintió y lloro amargamente, nunca jamás pudo recuperar la herencia perdida (Gén. 27:34). David cometió adulterio y trato de tapanlo con homicidio, y aunque fue perdonado, tuvo que pagar las consecuencias por el resto de su vida (2 Sam. 12). Ananías y Safira mintieron por avaricia y fueron castigados con muerte inmediatamente (Hechos 5).

Este lado de Dios no es muy popular, ni muy anunciado. Hoy mejor queremos saber del Dios que hace todo bien por nosotros. El Dios que todos queremos es un Dios benevolente que es una fuerza para el bien que se preocupa por todas las personas, que llora en todos los conflictos, y que consuela a todos. Nadie quiere un Dios que castiga.

Muchos razonan que si creemos que Dios castiga no podemos, al mismo tiempo, creer que es un Dios que ama. Y si creemos que Dios es amor, no podemos al mismo tiempo creer que castiga. ¿En serio? ¿Es el castigo necesariamente opuesto al amor? ¿Un padre no puede ser cariñoso, bueno, benevolente, y a la vez ser estricto, exigente y serio? ¿De dónde hemos aprendido esas ideas, sino de una cultura que fomenta la indulgencia?

La severidad de Dios se volteó contra Adán y Eva cuando pecaron en el Jardín del Edén. El apóstol Pedro usa tres ilustraciones para acentuar la severidad de Dios en 2 Pedro 2:4-6. Dice lo siguiente: (1) Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno, (2) Dios no perdonó al mundo antiguo, pero salvo a Noé, y (3) Dios se apartó de las ciudades de Sodoma y Gomorra, reduciéndolas a ceniza. En el desierto, cuando el pueblo de Dios pecó, cayeron, y muchas veces fueron destruidos (1 Cor. 10:8-10).

Es esencial que reconozcamos que la bondad y la severidad de Dios son condicionales. *“porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios: la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, **si** permaneces en esa bondad, pues **de otra manera** tú también serás eliminado.”* (Romanos 11:21-22).

La misericordia de Dios siempre, sin excepción, incluye el reconocimiento del pecado, el cambio de mente y corazón y la aspiración de una buena conciencia hacia Dios (1 Pedro 3:21). Dios es bueno para con todos los que aceptan Su bondad y severo para con los que la rechazan. Debido a la libre voluntad del hombre, no hay mucho que Dios puede hacer por aquellos que lo niegan. El libre albedrío fue dado a nosotros como un don y podemos utilizarlo para propósitos justos o podemos abusarlo para propósitos malos. Depende de nosotros como individuos de elegir las causas y los efectos, las acciones y los resultados, las obras y las consecuencias.

Usted nunca conocerá al Dios verdadero si sólo piensa en Su bondad. Y nunca conocerá al Dios verdadero si sólo mora en Su severidad. Si quiere saber quién es Dios, no simplemente proyecte su propia imaginación o intuición en Él, necesita tomar en cuenta Su bondad y Su severidad, Su misericordia y Su juicio, Su amor y Su ira. Dios presionó estas verdades en las mentes y los corazones de Su pueblo por la cautividad Babilónica.

Una de las realidades más difíciles para algunos de nosotros de aprender es que nuestras acciones tienen consecuencias. Todo lo que hacemos nos afecta a nosotros o a otros, y por lo general a ambos. Les enseñamos a nuestros hijos a una edad temprana “¡No pegues!” y “¡No muerdas!” y una serie de otros “¡No hagas!” porque nuestras acciones pueden herir a otras personas. Les estamos enseñando que nuestras acciones traen consecuencias. Les enseñamos a evitar la lumbre y las superficies calientes y jugando en la calle, porque las consecuencias pueden ser extremadamente dañosas.

Algunos, sin embargo, son lentos para aprender esas lecciones. Muchos, aparentemente, tienen que aprender “por las malas” a través del sufrimiento de las consecuencias de sus acciones. ¡Las consecuencias! Con demasiada frecuencia, tenemos la tendencia de culpar a otros por algo que es el resultado de nuestras propias decisiones o acciones. Job dijo, *“Por lo que yo he visto, los que aran iniquidad y los que siembran aflicción, eso siegan.”* (Job 4:8).

Como sociedad, nosotros consentimos y hacemos excusas por la mala conducta. La ignoramos y esperamos que el mal comportamiento se vaya. Buscamos a quien culpar. Construimos más cárceles. Vemos el problema, pero no nos gusta lo que vemos, así que pretendemos que no está allí. No obligamos a nadie que sea responsable por nada. Pero eso sólo permite el mal que siga y se empeore, como vemos con el caso de los judíos. Es muy importante aprender la lección que Dios duramente enseñó a los judíos.

Para Dios es mucho más importante el carácter de las personas que la incomodidad y el dolor que sentimos del castigo. A veces la gente tiene que sufrir las consecuencias de su mal comportamiento, de hacer malas decisiones e ignorar las advertencias. Todos tenemos que aprender a ser responsables por sí mismos. Es mucho mejor aceptar las consecuencias valientemente que huirlas como niños. Es más remedador aceptar el castigo sin quejarse que buscar maneras de escapar la obligación. Es más curativo aceptar los golpes de nuestros errores y recibir escarmiento por nuestras malas decisiones que tratar de escapar la pena. Aprendemos mucho más en el dolor del castigo que en la evasión de la responsabilidad.

Lo que necesitamos más que todo es el sentido de la responsabilidad. Dios determino que Su pueblo necesitaba vivir bajo la mano dura de Nabucodonosor en Babilonia por setenta años para que aprendieran a ser responsables por sus hechos. La contabilidad es de suma importancia para Dios. Algunos oyeron el mensaje de Jeremías y obedecieron y se fueron a Babilonia. Otros fueron rebeldes y se quedaron en Judá o huyeron a Egipto.

Pero, después del castigo, Dios promete la restauración y el alivio para todos aquellos que aceptaron su pecado y dócilmente se rindieron a la corrección del SEÑOR. Jeremías les dice que el cautiverio no sería para siempre, *“Pues así dice el SEÑOR: ‘Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, Yo os visitaré y cumpliré Mi buena palabra de haceros volver a este lugar.’* (29:10). Y más adelante dice, *“Porque Yo te devolveré la salud, y te sanaré de tus heridas”--declara el SEÑOR...* (30:17).

En otras palabras, cuando haya producido el resultado apropiado vendría el alivio de la mano de Dios, *“Porque no rechaza para siempre el Señor, antes bien, si aflige, también se compadecerá según Su gran misericordia. Porque El no castiga por gusto, ni aflige a los hijos de los hombres.”* (Lamentaciones 3:31-33). Ningún padre castiga para siempre, él odia la vara tanto como tu; solamente desea usarla para la razón que debe hacernos dispuestos a recibirla, es saber, lo que obra para nuestro bien duradero.

En Jeremías 24, Dios compara a los habitantes de Judá a dos canastas de higos. Una canasta contenía higos muy buenos, mientras que la otra contenía higos muy malos y podridos. Los higos malos representaban a aquellos que se rebelaron y no admitieron su falta ni aceptaron el castigo. Ellos se quedarían en la tierra de Judá y serian sujetados a la ira de Dios. Ellos se harían el oprobio y refrán de todos. Serian la burla y maldición de las naciones, y serian dispersados por todas partes.

Los higos buenos representaban el remante obediente que se rindieron a Babilonia. Esos serian incluidos en el plan misericordioso y perfecto de Dios. Ellos serian los desterrados, pero favorecidos, *“Así dice el SEÑOR, Dios de Israel: ‘Como a estos higos buenos, así consideraré como buenos a los desterrados de Judá que yo he echado de este lugar a la tierra de los caldeos. Porque pondré mis ojos sobre ellos para bien, y los traeré de nuevo a esta tierra; los edificaré y no los derribaré, los plantaré y no los arrancaré. Y les daré un corazón para que me conozcan, porque yo soy el SEÑOR; y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, pues volverán a mí de todo corazón.’* (24:5-7).

La lección para nosotros es que nunca debemos huir del juicio divino. El juicio divino es para nuestro bien. No debemos tratar de evitar el castigo que merecemos. Jonás aprendió esta lección de una manera muy extraordinaria cuando estuvo en el vientre de un gran pez hasta recapitó. Todos seremos expuestos a la disciplina del Señor, *“... ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?”* (Heb. 12:7). Es mejor aceptar nuestra falta y rendirnos. David dijo: *“Bueno es para mí ser afligido, para que aprenda Tus estatutos.”* (Salmos 119:71). El castigo como disciplina es parte de nuestro crecimiento.

También aprendemos que Dios nunca nos azota más de lo que podemos soportar como Caín reclamo, ***“Mi castigo es demasiado grande para soportarlo.”*** (Gen 4:13); sino es más como David dijo, ***“Contra Ti, contra Ti sólo he pecado, y he hecho lo malo delante de Tus ojos, de manera que Eres justo cuando hablas, y sin reproche cuando juzgas.”*** (Sal. 51:4). Los que le sacan al castigo de Dios nunca disfrutaran las caricias de restauración de Su mano aliviadora.

Otra lección es que Dios castiga, pero también alivia. Para los judíos parecía que el cautiverio era malo para ellos, pero era para su bien perpetuo. Aunque por lo pronto el castigo nunca parece bueno, a lo largo nos hace mejores personas, ***“Al presente ninguna disciplina parece ser causa de gozo, sino de tristeza; sin embargo, a los que han sido ejercitados por medio de ella, les da después fruto apacible de justicia.”*** (Heb. 12:11).

Una lección muy importante es que los que sufren no necesariamente son los desafortunados. Aunque muchos creyeron que los desterrados eran los arruinados y los que se quedaron en Judá los afortunados, Dios fue el proveedor y protector de los desterrados en la cautividad, como vemos en el caso de Daniel y sus amigos. Dios estuvo con ellos y los puso en puestos honrados. Es una verdad histórica que cuando los judíos llegaron a Babilonia, fueron tratados razonablemente bien.

Cuando nosotros aceptamos la corrección, Dios nos favorece, ***“Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos...”*** (Heb. 12:7). Cuando nos rebelamos contra la corrección, Dios nos repudia, ***“Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, no hijos.”*** (Heb. 12:8).

Eso nos lleva a la siguiente lección, que el juicio no necesariamente quiere decir que Dios nos ha abandonado. Mientras haya vida y aliento nunca debemos perder la esperanza de que Dios nos restaurara si nos rendimos a Sus azotes. El castigo divino no destruye, sino sólo corrige.

Cada día que viene es la misericordia de Dios que nos da una oportunidad más para corregirnos, ***“Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor ni desmayes cuando eres reprendido por Él, porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo.”*** (Heb. 12:5-6).

Piense en los que han muerto sin reconciliarse y están para *siempre, eternamente y perpetuamente* excluidos de la presencia de Dios, encerrados con los demonios y en la desesperación; designados a la negrura de oscuridad por toda la eternidad. Contraste el destino de ellos con el castigo momentáneo de aquí. Aun setenta años son cortos en comparación.

Los judíos en Babilonia no estaban en la tumba ni habían sido echados al infierno, por tanto tenían esperanza, ***“Si dejaran sus hijos Mi Ley y no anduvieran en Mis juicios, si profanaran Mis estatutos y no guardarán Mis mandamientos, entonces castigaré con vara su rebelión y con azotes sus maldades. Pero no quitaré de él Mi misericordia ni faltaré a Mi fidelidad. No olvidaré Mi pacto ni mudaré lo que ha salido de Mis labios.”*** (Salmos 89:30-33).

Dios siempre castiga a los que ama cuando se apartan de Su leyes, pero nunca los abandona por completo, ***“...Pero Tú eres un Dios de perdón, clemente y compasivo, lento para la ira y abundante en misericordia, y no los abandonaste.”*** (Nehemías 9:17). Nosotros también hacemos errores hoy en día, y Dios también nos castiga, pero nunca nos abandona, si aceptamos el mal que hacemos y el castigo que viene en consecuencia.

Jeremías advirtió a la gente por muchos años que el juicio estaba llegando, basado en lo que Dios le había revelado. Hoy tenemos otro día de juicio que viene. Una gran separación se llevara a cabo. El Señor Jesucristo dijo, ***“Pero cuando el Hijo del Hombre venga en Su gloria, y todos los ángeles con Él, entonces se sentará en el trono de Su gloria; y serán reunidas delante de Él todas las naciones; y separará a unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a Su derecha y los cabritos a Su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de Su derecha: ‘Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.’”*** (Mateo 25:31-34).



En cuanto al juicio venidero y determinando donde pasara usted la eternidad, hay dos canastas – higos buenos e higos podridos, ovejas y cabras, salvados y perdidos – no hay terreno neutral, ningún punto medio. No hay una tercera canasta para los que rehusaron obedecer la advertencia, y sin embargo fueron personas buenas o buenos ciudadanos. Todavía hay tiempo. Usted puede escoger en cual canasta pertenece. El Señor Jesucristo puede tomar lo podrido y hacerlo limpio. Pero, ¡tienes que rendirte!

***"Un ser humano molda sus consecuencias tan cierto como cultiva sus bienes o su vivienda. Nada de lo que dice, piensa o hace es sin consecuencias."*** (Norman Cousins)

***"Aunque somos libres para elegir nuestras acciones, no somos libres para elegir las consecuencias de nuestras acciones."*** (Stephen R. Covey)

***"Recuerde una cosa de la democracia. Podemos tener todo lo que queremos y, al mismo tiempo, siempre terminamos con exactamente lo que merecemos."*** (Edward Albee)

***"Todo el mundo, tarde o temprano, se sienta a un banquete de consecuencias."*** (Robert Louis Stevenson)

***“¡Siembren para ustedes en justicia! ¡Segad para ustedes en misericordia! ¡Pónganse a labrar el barbecho! ¡Ya es tiempo de buscar al SEÑOR!, hasta que ÉL venga y les envíe lluvias de justicia.”***  
(Oseas 10:12)